

En la mañana del 11 de noviembre de 1937, justo a las once en punto,<sup>1</sup> un entrometido con buenas intenciones consultó su reloj y anunció la hora en voz alta, por lo que todos los que estábamos en el vagón restaurante nos sentimos obligados a apartar las bebidas y los periódicos y guardar los dos minutos de silencio mirándonos abochornados entre nosotros o hacia la ventanilla. No es que quisiéramos ser irrespetuosos, pero es que en un tren avanzando a gran velocidad no sabíamos qué reglas de buen comportamiento había que seguir y hubiésemos preferido no tener que comportarnos de ninguna manera. De cualquier modo, durante esos tensos e incómodos segundos, fue cuando me fijé por primera vez en el hombre que tenía enfrente: pelo oscuro, delgado, atractivo con cierta austeridad, de unos cuarenta y tantos años. Tenía un aire de próspera distinción que encajaba muy bien con su ropa impoluta pero corriente. No podía adivinar si había llegado desde un compartimento de tercera clase o de primera. Medio millón de ingleses van así; su discreta corrección casi parece ocultar algo.

<sup>1</sup> El Día del Armisticio conmemora el final de la Primera Guerra Mundial. Se guardan dos minutos de silencio a las 11.00 h del día 11 del mes 11, que es la fecha exacta en la que entró en vigor el armisticio. (*N. de la T., como todas las demás*).

Mientras miraba por la ventanilla, vi que algo sucedía en sus ojos: de un vistazo casual cambió a una mirada más atenta, que al poco se volvió penetrante; de repente, la agudizó, concentrándose, como cuando una persona cree por un instante que ha reconocido a alguien en medio de una multitud. En ese momento, una sacudida del tren derramó un poco de café sobre la mesa que había entre nosotros, y eso nos dio una excusa para disculparnos tan pronto como terminaron los dos minutos. Empecé yo, pero al darse la vuelta para responderme, había perdido su aire concentrado; su mirada de reconocimiento se había vuelto insegura. Solo quedaba incomodidad en ella; para suavizarla, hice algún comentario sobre el paisaje de los páramos, que aquella mañana era de una extraordinaria belleza sombría, pues la nieve de la noche cubría las cumbres, y una de ellas, que tenía como dos bóvedas, parecía seguir el ritmo del tren, moviéndose sobre el valle que nos separaba como si fuera el fantasma de un camello.

—Ese es el Mickle —dije señalándolo.

Para mi sorpresa, el hombre respondió:

—¿Sabe si hay un lago entre los dos picos, un lago bastante pequeño?

Dos hombres en la mesa del otro lado del pasillo intervinieron de inmediato con la locuacidad instantánea de quien escucha una pregunta hecha a otra persona. Creo que también los movía el habitual deseo de quitarle importancia a una crisis emocional, porque, de pronto, todo el vagón restaurante se llenó de parloteo. Uno dijo que sí, que allí había un lago, si es que a eso se le podía llamar lago, porque más bien era una charca; y el otro dijo que de ninguna manera, que no había nada parecido a un lago en ese lugar, aunque era posible que después de unas fuertes lluvias pudiera haber algo de agua allí arriba, y entonces el primer hombre que había intervenido estuvo de acuerdo en que tal vez fuera así. Al poco se supo que, aunque los dos hombres eran de Derbyshire, ninguno había subido al Mickle desde que eran niños.

Los escuchamos sin demasiado entusiasmo y les dimos las gracias, contentos de dejar el tema. No hablamos más hasta que se bajaron del tren en Leicester. Luego me incliné sobre la mesa y dije:

—No vale la pena discutir con los que son de aquí, yo mismo podría haber respondido a su pregunta, porque ayer estuve en la cima del Mickle.

El brillo reapareció en sus ojos:

—¿Estuvo allí?

—Sí, soy una de esas personas excéntricas que, durante todo el año, escalan montañas por diversión.

—¿Y vio el lago?

—No había lago, ni charca, ni nada parecido.

—Ah... —El brillo se desvaneció.

—Parece decepcionado.

—Bueno, no..., no es eso. Tal vez estaba pensando en otro lugar. Me temo que tengo mala memoria.

—¿Para las montañas?

—También para los nombres. ¿Ha dicho que era el Mickle? —pronunció la palabra como si estuviera probando a ver cómo sonaba.

—Es un nombre local. No es lo bastante importante como para aparecer en los mapas.

Asintió. Luego, de forma bastante deliberada, sostuvo el periódico a lo largo de dos condados ingleses. La visión de unos soldados marchando por un camino de Bedfordshire nos permitió seguir conversando: algo sobre Hitler, la situación de Europa, la posibilidad de una guerra y cosas así. Aquello me llevó a preguntarle si había servido en la última guerra.

—Sí.

—Entonces habrá cosas que desearía haber olvidado.

—Es que yo las he olvidado, incluso esas las he olvidado hasta cierto punto —añadió como si quisiera desviar la atención de sí mismo—. Supongo que usted era demasiado joven.

—Demasiado joven para la última, pero no para la próxima, tal y como están las cosas.

—Nadie va a ser ni demasiado joven ni demasiado mayor para la próxima.

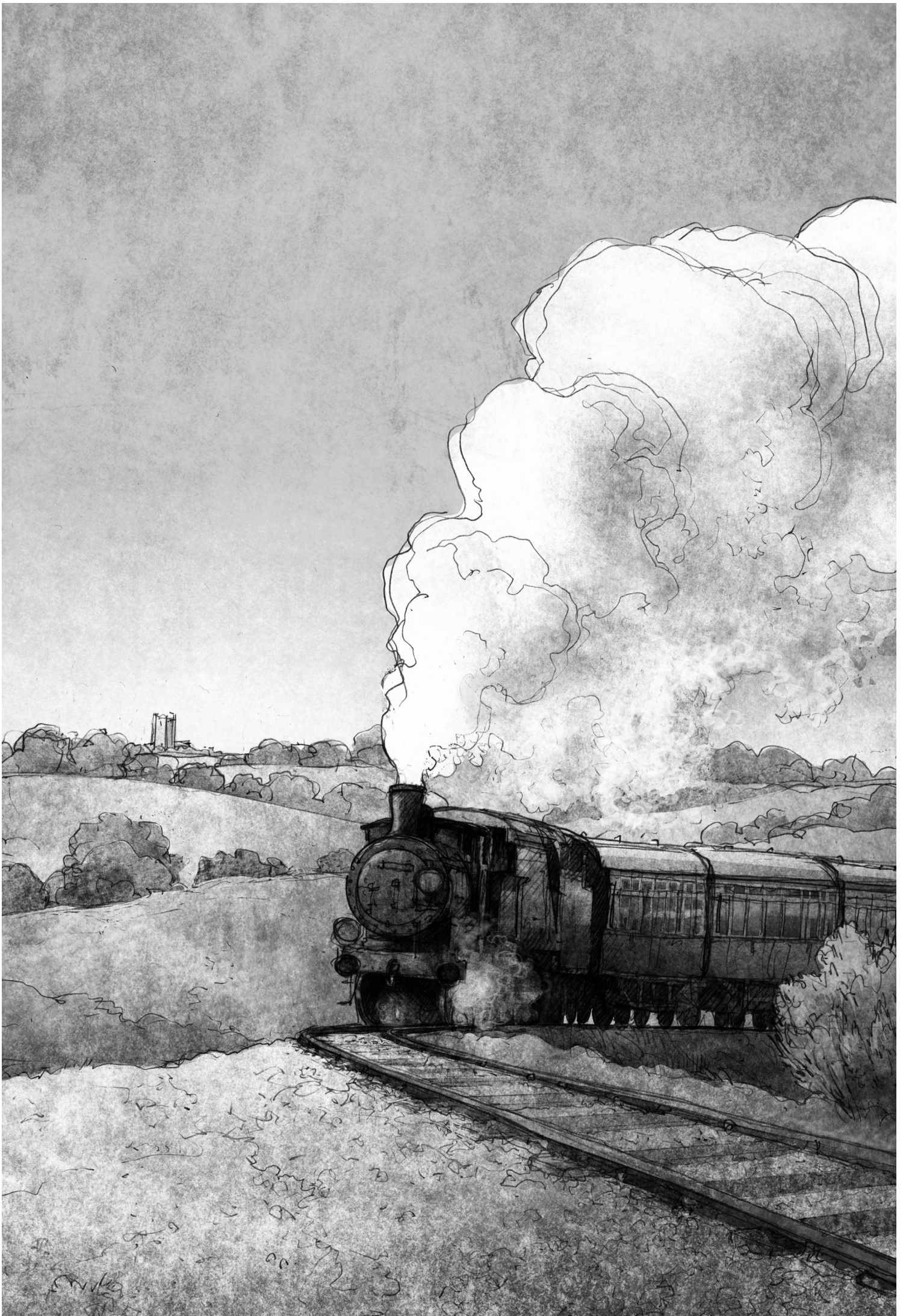
Mientras tanto, las voces de los hombres habían ido subiendo de tono por todo el vagón, hablaban sobre Ypres y Galípoli. Volví a dirigirme a él para decirle que, sin duda, otros miles de ingleses estarían rememorando en ese momento sus experiencias en la guerra.

—Si usted ya ha olvidado las suyas, debe sentirse afortunado.

—Pero yo no he dicho que lo haya olvidado todo.

Y empezó a contarme la historia que me dispongo a resumir a continuación.

Durante los desesperados meses de la guerra de trincheras en Francia, un oficial inglés llegó a la conclusión de que, si un espía en el que los alemanes confiaran les diera detalles falsos sobre un gran ataque, podrían tener una buena oportunidad de éxito. El primer paso sería establecer la buena fe del espía, y eso solo sería posible si durante un tiempo considerable les proporcionaba información auténtica. Así pues, durante varias semanas antes de la ofensiva planeada, por la noche, pequeños grupos de asalto se arrastraban por tierra de nadie; entonces, las ametralladoras alemanas, cuyos soldados habían sido debidamente informados sobre la hora y el lugar, los masacraban con precisión. Uno de esos destacamentos condenados al fracaso estaba a cargo de un joven que, tras alistarse al principio de la guerra, se encontraba por primera vez en el frente. Ansioso como un quijote por llevar a sus hombres a una victoria digna de ser narrada en un libro, pronto descubrió que su desafortunada tarea consistía en acompañar a unos pocos supervivientes, heridos y moribundos, a un agujero de obús tan cerca de las trincheras enemigas que podían llegar a oír partes de



conversaciones en alemán. Como conocía bastante bien el idioma, relacionó algo que escuchó con algo que por casualidad había oído antes en el puesto de mando de la trinchera; eso le permitió deducir toda la intriga con sus tramas y contratramas. Se le reveló como una conmoción añadida mientras estaba allí tirado, medio ahogado en el barro, delirando por el dolor de una pierna destrozada y enfermo de ver el sufrimiento, aún mayor, de sus compañeros. Antes del amanecer, un obús que estalló a pocas yardas de distancia mató a sus compañeros; a él lo hirió en la cabeza, de modo que vio y escuchó, pero dejó de pensar.

—¿Qué le pasó después?

—Pues se recuperó bastante bien, excepto por una pérdida parcial de la memoria. Continúa vivo. Por supuesto, si se piensa con lógica, todo el asunto era tan justificable como cualquier otra estrategia en tiempos de guerra. El objetivo principal era frustrar las artimañas del enemigo. Se podía usar lo que fuera para conseguirlo, incluso si era igual de deshonesto.

—Lo dice a la defensiva, como si tuviera que convencerse a sí mismo.

—Es posible que tenga razón.

—Y yo me pregunto si es posible que sea usted el superviviente que sigue vivo.

Vaciló un momento y luego respondió con una sonrisa evasiva:

—Supongo que no me creería si lo negara.

No respondí. Después de una pausa, continuó:

—Es curioso pensar que la muerte de uno fuera planeada por ambos bandos, le da un sabor añadido a la vida con la que logró escapar, así como cierta ironía a la hora de lucir una condecoración.

—Me lo imagino.

Esperé a que hiciera algún otro comentario, pero solo rompió el largo silencio para llamar al camarero y pedir un whisky con soda.

—¿Se toma uno conmigo?

—No, gracias.

—¿No bebe?

—No acostumbro a beber por la mañana.

—Tampoco yo, por regla general. De hecho, no suelo beber.

Me daba la sensación de que esos intercambios triviales serían para cubrir cierta ansiedad que intentaba controlar.

—Volviendo a lo que me estaba contando... —Traté de persuadirlo para que continuara, pero me interrumpió.

—No, no volvamos a ello. No sirve de nada hurgar en ese tipo de cosas. Además, todo el mundo está tan aburrido de la última guerra y tan asustado de la próxima que casi se ha convertido en una metedura de pata a nivel social sacar estos temas.

—Excepto durante un día al año, que resulta que es hoy. El día en el que no hay tabúes.

—¿Gracias a ese recurso tan teatral de los dos minutos de silencio?

—Sí, y ese «gracias» es correcto. Sin duda, nosotros, los ingleses, necesitamos liberarnos un poco de la tiranía de la compostura. Sonrió a la bebida que el camarero le servía.

—Así que cree que por una vez al año no pasa nada.

—Al contrario, pienso que nos purga; es algo muy saludable para nuestras normales... bueno, más bien, para nuestras anómalas inhibiciones nacionales.

—Podría ser... si es que le gusta la jerga de los psicoanalistas —dijo con otra sonrisa.

—Es evidente que a usted no.

—Lo siento. Si es usted uno de ellos, le pido disculpas.

—No, no lo soy. Solo me interesa el tema. Eso es todo.

—¿Nunca lo ha estudiado? ¿De verdad?

Le dije que sí, lo cual era cierto, porque había escrito varios artículos para la Sociedad Filosófica. Asintió y volvió a leer durante unas pocas millas. El tren avanzaba rápido; cuando volvió a levantar la vista fue como si se diera cuenta de que, si aún

tenía algo que decir, debía hacerlo pronto; ya estábamos pasando por las largas filas de jardines traseros de las afueras de la ciudad. De repente continuó, con un toque de su anterior entusiasmo:

—De acuerdo, entonces... escuche esto y no se ría... Puede que le interese... A veces tengo la sensación de que soy, aunque pueda parecer absurdo, la mitad de otra persona. Pequeñas cosas sin importancia, una melodía, un aroma, un nombre en un periódico, ver algo o a alguien, me traen recuerdos; solo dura un segundo y no me da tiempo a averiguar qué es lo que me recuerda; es una especie de brizna de memoria que se desvanece antes de que pueda atraparla... Por ejemplo, esta mañana, al ver la montaña, sentí que había estado allí, casi sabía que había estado allí..., podía ver ese lago entre las cumbres, porque me he bañado en él; había una roca que sobresalía como un trampolín... Y el día que estuve allí me quedé dormido a la sombra y me desperté al sol..., pero supongo que tengo que creer que nada de eso sucedió, ya que usted dijo que allí no había ningún lago... ¿No le parece un completo disparate?

—En absoluto. No es una experiencia tan rara.

—Ah, ¿no?

Me miró algo consternado, tal vez porque se vio privado del consuelo de creerse único.

—Dunne dice que es debido a un sueño recordado solo a medias. Debería leer su libro *Un experimento con el tiempo*. Dice (sin duda, esto es condensar su teoría de forma muy burda) que los sueños predicen el futuro; solo que, cuando se hacen realidad, los hemos olvidado, excepto por esa esquiva brizna de memoria.

—¿Quiere decir que una vez soñé con esa montaña?

—Puede ser. Es una teoría interesante, incluso aunque no pueda probarse. De cualquier manera, la sensación que tiene es bastante normal.

—No me parece que esto sea normal, no del modo en el que lo siento.

—¿Quiere decir que está empezando a preocuparse?

—Algunas veces, quizás de alguna forma, sí. —Con una sonrisa nerviosa, añadió—: Pero no hay motivo para que usted se preocupe. Solo puedo culpar a esta excusa de un-día-al-año... La llamó la purga de las inhibiciones, ¿no? Hablemos de otra cosa: el críquet, el campeonato mundial..., me pregunto qué pasará con Inglaterra...

—Tal y como están las cosas no parece que se esté refiriendo al críquet.

—Lo sé. Después del silencio puede haber subidas de tono..., pero la verdad es que lo único que quería es demostrar que no estoy loco.

—La mayoría de la gente guarda un punto de locura por algún lado. Es disculpable.

—Siempre que no molesten a los desconocidos.

—¿Por qué no, si es lo que siente?

—No quiero hacerlo, al menos no de forma consciente.

—Pues entonces, de forma inconsciente. Eso haría que incluso fuese peor. En su caso no parece muy grave.

—¿Eso cree? ¿No piensa que estas... hum... peculiaridades de la memoria son... hum... preocupantes?

—Ya que me lo pregunta, ¿puedo serle del todo sincero?

—Por supuesto.

—No sé a qué se dedica, pero ¿es posible que de un tiempo a esta parte esté exagerando las cosas, que no descansa o no se relaje lo suficiente?

—No necesito un psicoanalista para que me diga eso. Mi médico ya lo hace cada vez que me ve.

—En ese caso, ¿por qué no sigue su consejo?

—Aquí tiene el porqué. —Sacó un pequeño cuaderno del bolsillo del chaleco—. Resulta que estoy metido en lo que se podría llamar «vida pública», lo que significa que estoy dentro de una rueda de la que no me puedo bajar hasta que se pare, pero nunca se para. —Pasó algunas páginas—. Solo para que vea un día normal

de mi vida... aquí puede leerlo, está mecanografiado. —Mientras yo miraba el libro, añadió—: Mi secretaria es muy ordenada. No deja que me olvide de nada.

—Sin embargo, no ha escrito bien «arqueológico».

—¿Y por qué tendría que hacerlo? —Recuperó el cuaderno para revisarlo y me pareció que se alegró de tener una excusa que le permitiera cogerlo y guardarlo—. ¿La Sociedad Histórica y Arqueológica de Calderbury? Ah, son mis electores. Tengo que enseñarles la Cámara. Es material para hacer de guía, un terrible aburrimento. Será esta tarde. Por la noche tengo una recepción en la embajada. Mañana una reunión del consejo; después un almuerzo y por la noche daré un discurso en una cena en Cambridge.

—Parece que no hay nada que pueda eludir, excepto, tal vez, el almuerzo de mañana.

—Espero poder evitarlo de algún modo, aunque se celebra en mi casa. Habrá un buen número de novelistas y actores y gente con título que pensarán de mí que soy un antipático, pues no podría hablar con ellos ni con la mitad de confianza con la que estoy hablándole a usted ahora.

Lo creí. Hasta ese momento no había hecho ningún intento para que intercambiáramos nuestros nombres, e imaginé que, por su parte, el anonimato le había dado no solo la valentía necesaria para hablar, sino la tentación de revelar lo que le sucedía casi hasta el punto de exhibirse. Además, había habido cierta picardía en la manera en la que me había permitido echar un vistazo a su cuaderno en esos pocos segundos, como si me estuviera tomando el pelo al ofrecerme pistas sobre una identidad que ni deseaba ni tenía intención de desvelar. En hombres en los que la reticencia forma parte de un comportamiento correcto, de vez en cuando se observan fantásticas maneras de escapar de ello, y yo habría sido el último en avergonzarse a un compañero de viaje interesante si no hubiese sido porque, cuando el tren ya se acercaba a Saint Pancras, añadió:

—Bueno, ha sido una conversación muy agradable. Algún día, ¿quién sabe?, puede que volvamos a encontrarnos.

Aunque lo dijo como si de verdad lo creyera, el comentario parecía ir en el sentido contrario. Como ya me caía bien, respondí:

—Si lo de mañana por la noche es la cena del Swithin, será mejor que nos presentemos ahora, porque yo también estaré allí. Me llamo Harrison. Estoy en el comité de bienvenida.

—Oh, ¿en serio?

—Y no sé qué planes tiene, pero después del acto me encantaría que viniera a mis dependencias a tomar un café.

—Gracias —murmuró con un repentino cambio de humor al tiempo que recogía los periódicos y el maletín.

Supongo que debió darse cuenta de que sería inútil, además de descortés, evitar darme el nombre que, en cualquier caso, yo iba a descubrir muy pronto. Lo dejó como una última ocurrencia tras saltar al andén, cuando dijo sin sonreír:

—Mi nombre es Rainier... Charles Rainier.



Cuando al día siguiente volví a encontrarme con él, Rainier me saludó con una fría inclinación de cabeza. Vestido de gala y con una impresionante variedad de condecoraciones, parecía lo que era: un invitado de honor a punto de cumplir con sus obligaciones acompañado de ese toque de apatía que con tanta eficacia disfraza la técnica británica de la autoridad. Técnica que no tiene por qué ser aristocrática. Yo ya había investigado sobre él en algunas publicaciones y descubrí que era hijo de una larga estirpe de fabricantes: sin sangre azul, sin título (me preguntaba cómo lo había eludido), un colegio público de segunda fila, parlamentario de un condado tradicionalmente conservador. También mencioné su nombre a unos cuantos conocidos y la impresión general era que se trataba

de un hombre rico e influyente, y que yo había sido muy afortunado por ese encuentro casual. Sin embargo, no pertenecía al pequeño grupo de personalidades conocidas y reconocibles por la gente de a pie, ya sea en persona, ya sea en las caricaturas de Low.<sup>2</sup> Por el contrario, parecía que no buscaba atraer ese tipo de popularidad, pero tampoco la rechazaba lo suficiente como para pasar inadvertido; era como si deliberadamente pretendiera ser anodino. Un periodista me dijo que sería muy difícil hacer de él un héroe en la prensa porque su personalidad era «centrípeta», en vez de «centrífuga». No estaba muy seguro de qué significaba esto, pero el *Quién es quién* fue menos sutil al revelar que sus aficiones eran el montañismo y la música.

En general obtuve bastante información que en realidad no decía nada. Esperaba conseguir algo más en un segundo encuentro, y por ello fui a Cambridge con grandes expectativas. Era costumbre que el secretario y el comité del Swithin recibieran a los invitados de manera informal en el vestíbulo del *college* antes de la cena; así que nos reunimos primero en la sala común, donde hicimos las presentaciones, bebimos jerez y conversamos de temas triviales. Resulta difícil saber de qué hablar con personas importantes cuando las conoces por primera vez, es decir, es difícil pensar en hablar de algo trivial para que no te juzguen de arrogante. Rainier, por ejemplo, hacía poco que había aparecido en las noticias de economía en relación con una propuesta de fusión de unas empresas cementeras, un proceso complicado que aún estaba en negociación; pero era imposible decir algo del tipo «¿Cómo va la fusión?», igual que si le dijera «¿Cómo tienes los crisantemos?» a un hombre del que sabes que es un gran aficionado a la jardinería. Poco después, para mi alivio, llegaron otros invitados a los que

<sup>2</sup> David Low (1891-1963). Famoso historietista político que publicaba en los diarios londinenses *Daily News* y *Star*. Realizó las caricaturas de los cincuenta británicos más distinguidos.

tuve que atender, y tal vez pasó un cuarto de hora antes de que lo viera dirigirse hacia mí a través de la multitud.

—Lo siento —comenzó—, pero tengo que dejarles... tengo un terrible dolor de muelas... ¿Dónde podría encontrar un dentista?

Me apresuré a sacarlo de allí de la forma más discreta posible y en la puerta del taxi me prometió que volvería a la cena si se encontraba mejor. Regresé a la sala y les expliqué a los asistentes lo que había ocurrido. De alguna manera no sonaba muy convincente y en realidad ninguno de nosotros esperaba volver a verle. Pero nos equivocábamos. Una hora más tarde ocupó el lugar que habíamos dejado en la mesa del estrado y llegó justo a tiempo para responder al brindis con uno de los mejores discursos de cierre que jamás he escuchado. Tal vez la ausencia del dolor físico unido al ambiente de Cambridge, con esa mezcla de antiguas ceremonias y buen humor juvenil, fue lo que consiguió que un estado de ánimo que empezó con la molestia de un dolor de muelas terminara con unos cuantos amables elogios al *college* y a la universidad. Entre otras cosas, lo recuerdo rememorando sus días de estudiante, cuando ambicionaba quedarse a vivir toda la vida en Cambridge como profesor de cualquier cosa (risas), pero no había permanecido el tiempo suficiente para poder decidir de qué (risas), porque en vez de eso, el destino lo había llamado para ser una especie de hombre de negocios y político, pero incluso en este aspecto tampoco se había decidido del todo (más risas). «Así que, debido a esta indecisión que tanto me caracteriza, todavía albergo la esperanza de que algún día pueda deshacerme de las preocupaciones de demasiadas empresas para buscar la tranquilidad de una habitación con vistas a un patio con un roble que se pueda exhibir frente al mundo». (Risas continuadas a las que se unió el orador). Tan pronto como terminó, todos aplaudimos con gran estrépito y después, más relajados, bebimos, discutimos y pasamos una velada propia de la mejor tradición del Swithin. Cuando todo acabó, fue el mismo Rainier quien me preguntó si seguía en pie mi invitación a un café.

—Por supuesto, solo que pensé que después del dentista no se sentiría...

—Mi querido muchacho, no trate de imaginar cómo me siento.

Pero, como lo dijo sonriendo, deduje que, más que a mí, se había perdonado a sí mismo por lo que me había contado en la conversación del tren. Algunos amigos también vinieron a mis dependencias, ya que quedaban cerca, y nos sentamos allí y continuamos charlando de manera informal. De nuevo nos deleitó con su conversación, pero aún más con su comportamiento cercano y una buena disposición a reír y prestar atención; ya hacía rato que la mayoría se había marchado, pero Rainier continuaba charlando, escuchando y fumando un cigarrillo tras otro. Por esa época no sabía que dormía mal y que le gustaba estar levantado hasta tarde, que disfrutaba de la compañía de los jóvenes y de las bromas y discusiones de medianoche, que no era sofisticado y que hablar en público lo dejaba muy apagado y apático, o muy inquieto y hablador, según como fuera la audiencia. Hacia las tres de la madrugada, cuando ya éramos los dos únicos supervivientes, le ofrecí más café; entonces se dejó caer en un sillón con un suspiro de satisfacción y apoyó los pies en la rejilla de la chimenea como si estuviera en su casa y, en cierto sentido, así era según lo establecía la costumbre para cualquier hombre del Swithin desde el reinado de Isabel, su fundadora.

—Ya había estado antes en estas dependencias, y más de una vez. En mi época las ocupaba un tipo que respondía al modesto nombre de Pal. Era natural de Asia..., o de África, «de origen no europeo», según especificaba el reglamento de la universidad con tanto tacto. Era un hindú de casta superior. Matemático, un genio en su campo. Me pregunto qué estará haciendo ahora. Es posible que se haya dedicado a desalinizar agua del mar, o a echarse frente a los trenes, o que haya caído en cualquier otro comportamiento imprudente. Solía decir que el álgebra lo emocionaba; una vez me contó que no podía leer el teorema del binomio sin que se

le saltaran las lágrimas, que todo el concepto era de una belleza arrolladora... Me hubiese gustado poder entrar en su mundo de alguna manera. Y también hay otros mundos en los que a veces me gustaría entrar para salir del mío.

—¿Qué hay de malo en el suyo?

Se rio a la defensiva.

—Pues aquí me ha pillado. Es posible que, como apuntó ayer, solo sea una cuestión de exceso de trabajo. Pero la verdad es que charlar esta noche con ustedes, los jóvenes, me ha hecho sentir terriblemente viejo y envidioso.

—No creo que nos envidie. Somos nosotros quienes lo envidiamos por su éxito en la vida. Formamos parte de un grupo bastante desilusionado cuando dejamos de reírnos; sabemos que solo habrá trabajo para una pequeña minoría, a menos que llegue una guerra y nos dé el tipo de trabajo que no queremos.

Durante un momento se quedó pensativo contemplando la taza de café, y después continuó:

—Sí, es verdad, y es probable que esa sea la razón por la que siento que ahora todo es diferente, y que nada ha permanecido igual; me doy cuenta de que mis días en Cambridge fueron muy diferentes a los de ustedes. En mi época, la guerra acababa de terminar y habíamos ganado, y todos pensábamos que ganar una gran guerra debía significar algo, ya fuera para que nuestras vidas tuvieran una especie de merecido «felices para siempre», una larga tarde dorada donde el esfuerzo va a menos y la recompensa a más, o para que nos dieran la oportunidad de reconstruir el mundo de una manera u otra. Todo dependía de si uno estaba cansado o impaciente tras el esfuerzo. La mayoría de nosotros se sentía de las dos maneras: estábamos cansados de la guerra y de todo lo relacionado con ella y, a la vez, impacientes por avanzar hacia algo nuevo. Pronto dejamos de odiar a los alemanes, tan pronto como empezamos a reírnos de la idea de que hubiese algunos a quienes les importase tanto el horrible pasado como para hacernos la

famosa pregunta de los carteles de reclutamiento: «¿Qué hiciste en la Gran Guerra?». Pero ni siquiera el más cínico de nosotros pudo imaginar que la única respuesta lógica a esa pregunta sería otra pregunta: «¿Qué Gran Guerra?».

»Había un local encima de una pescadería en Petty Cury donde algunos de nosotros nos reuníamos una vez a la semana para hablar sin parar; nos llamábamos «Los Herejes», pero no puedo recordar nada de lo que decíamos en esos encuentros; solo me acuerdo del olor a pescado que llegaba desde la tienda de abajo. J. M. Keynes daba conferencias en la Escuela de Arte, en las que sugería que Alemania no sería capaz de pagar tantos millones en la reconstrucción, ¿o eran miles de millones? En aquellos días bastaba con pensar en un número y añadirle tantos ceros como se pudiera imaginar. También estaban Holland Rose hablando sobre Napoleón, y Pigou acerca de la rentabilidad decreciente, y Bury explicando todavía el declive y la caída del Imperio romano. Y una noche Pal y yo (suena algo sentimental decir Pal y yo, ¿no?) nos pusimos en una cola que llegaba hasta la mitad del gran patio del Trinity para escuchar una conferencia de un tal Eddington sobre un tipo alemán llamado Einstein que tenía una teoría acerca de que los rayos de luz se curvan por la mitad... lo que, por supuesto, provocó que la sala estallara en carcajadas..., tal y como se han escuchado esta noche, pero mucho más: alegría universitaria en su máxima expresión. En la pared de atrás, el retrato de la católica María miraba con el ceño fruncido a ese público moderno que se burlaba tanto de la ciencia como de la religión. Verdaderos herejes, ¡y herejes que se reían! Sin embargo, mi compañero Pal no se reía, estaba paralizado por una especie de éxtasis por todo aquello.

»Yo leía mucho cerca del río, y también en el Orchard en Grantchester... ¿Recuerda el poema de Rupert Brooke? Si estuviera vivo, tendría ahora unos cincuenta años; imagínese, el reloj todavía marca las tres menos diez, pero Rupert Brooke llega tarde al té porque está confinado en su cama por reumatismo o algo parecido;

eso es lo que reciben los poetas que no mueren jóvenes. La mujer que servía el té en el Orchard recordaba a Brooke... era una vieja charlatana; una vez que la conocías, hablaba sin parar sobre estudiantes y profesores, tanto del pasado como del presente: un montón de historias que me temo que he olvidado y que nadie recordaba ni siquiera entonces... Charla trivial, tan trivial como la que estamos teniendo ahora. Era 1920, Cambridge estaba lleno de ancianos y jóvenes desmovilizados que todavía llevaban abrigos de oficiales, pero teñidos, prendas británicas que se enviaban a Perth y volvían de color marrón chocolate; lleno de hombres que podían enloquecer de repente en medio de un baile y convertirlo en un motín, o empezar a gemir durante una tormenta eléctrica; secuelas de la neurosis de guerra, ya sabe. Muchos la tuvieron, yo también.

—¿Como resultado de la herida en la cabeza que mencionó ayer?

—Supongo que sí.

—¿Lo pasó muy mal?

—No, yo fui uno de los afortunados..., en comparación, quiero decir. Pero cuando vuelas por los aires, incluso si tu cuerpo no queda destrozado... —Se interrumpió con torpeza—. Lo siento. Ya no es el Día del Armisticio. Estas confesiones están fuera de lugar.

—En absoluto. Me interesan. Para mi generación es muy difícil imaginar cómo fue.

—No se preocupe. Lo verá pronto.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que lo rescataron?

—No tengo ni la más mínima idea. Supongo que estaba inconsciente.

—Pero después debió de recobrar el sentido, ¿no?

—Es posible. No recuerdo ni cuándo, ni dónde, ni ningún otro detalle. Pero por alguna razón creo que me hicieron prisionero.

—¿Tiene algún motivo para creerlo? Es una forma muy cauta de decirlo.

—Lo sé, pero resulta que es todo lo que puedo contar. Verá, es que no recuerdo nada en absoluto. Desde el momento en el que perdí el conocimiento, mi memoria está completamente en blanco hasta años después, cuando me encontré acostado en un banco de un parque en Liverpool.

—¿Años después?!

—Fueron tres años, pero, por supuesto, al principio no lo sabía. Y afortunadamente ocurrió en un día lluvioso —dijo sonriendo—. ¿No le parece una historia plausible?

—Lo sería si me la contara entera, sin lagunas.

—Pero las lagunas están ahí. Ese es justo el problema.

—¿Qué estaba haciendo en Liverpool?

—Una vez más, no tengo ni la menor idea. Para empezar, ni siquiera sabía que estaba en Liverpool. Lo más importante era saber quién era yo; después, el dónde y el cuándo ya fueron más fáciles de descubrir.

—¿Quiere decir que hasta entonces tenía otro nombre?

—Puede ser. Supongo que sí. Esa es otra de las cosas que no sé. Es como si... bueno, a veces lo he visto de esta forma: había diferentes habitaciones en mi mente y tan pronto como se encendía la luz en una de ellas, se apagaba en la otra.

—¿Y qué hizo cuando se dio cuenta de quién era?

—Pues lo que habría hecho cualquiera. Me fui a casa. Encontré en mis bolsillos algo de dinero, así que compré ropa nueva, me di un baño en un hotel y después me fui a la estación de tren. Tan simple como eso, porque al mismo tiempo que supe mi nombre, sin esfuerzo aparente, también me vino que vivía en Stourton, que mi padre era el dueño de la fundición Rainier y de otras empresas, que teníamos un mayordomo llamado Sheldon, así como otros muchos detalles que eran importantes que supiera. En realidad, lo sabía todo sobre mí, sin más, hasta el momento de la explosión de aquel obús cerca de Arras en 1917.

—Su padre debió de llevarse una sorpresa muy agradable.